

Nós nalgunhas obras de Palacio Valdés

BRAIS DA BOUZA*

Riverita (1886), *Maximina* (1887; é a continuación da primeira), *La hermana San Sulpicio* (1889), *Los majos de Cádiz* (1896), *La alegría del capitán Ribot* (1899) e *La aldea perdida* (1903), son novelas onde o seu autor, o asturiano Armando Palacio Valdés (1853-Madrid, 1938), cítanos aos galegos.

(Todas están na Colección Austral; citarei as páxinas por ela).

La hermana San Sulpicio, amais, é onde un "paisano", Ceferino Díaz, rememora o seu idilio e casamento con Gloria Bermúdez, sevillana, que fora esa monxa pero que non renova- ra os votos.

Sanjurjo "empeza" o libro a falar de si: "Confieso que soy gallego, del riñón mismo de Galicia, pues que nací en un pueblecito de la provincia de Orense, llamado Bollo. Mi padre, boticario de ese pueblo, no tiene más hijos que yo, y ha labrado para mí una fortuna que, si en Madrid significa poco, en Bollo nos constituye casi en potentados. Cursé la segunda enseñanza en Orense y la facultad de medicina en Santiago. Mi padre hubiera deseado que fuese farmacéutico, pero nunca tuve afición a machacar y envolver drogas. (...) Así que hube terminado mi carrera, solicité y obtuve de él, no sin algún trabajo, la venia para cursar el año de doctorado en Madrid, y a la Corte me vine, donde en vez de dar consistencia a mis conocimientos, no muy seguros por cierto, en las ciencias médicas, perdí bastante tiempo en los cafés, y, lo que es aún peor, contraí la funesta manía de la literatura." (...) (P. 7).

tros de Santiago, y hasta una vez tuvo la crueldad de tirarme de la lengua en el café delante de otros compañeros, literatos también, para que desahogase mi entusiasmo por Tejeiro y otros que a mí me parecían eminentes profesores. Dejaronme hablar cuanto quise, y cuando más acalorado estaba en el panegírico, soltaron a reír como locos, con lo cual quedé fuertemente avergonzado y confuso. Después que se hartaron de reír, pasaron a tratar de sus asuntos de teatro, pero todavía al despedirse me dijo uno de ellos: "Adiós Sanjurjo, hasta la vista; otro día hablaremos con más espacio del señor Tejeiro", lo que hizo estallar de nuevo en carcajadas a sus amigos. La broma llegó al punto de que cuantas veces me encontraban en la calle, nunca dejaban de preguntarme por la salud de Tejeiro; y esto duró algunos meses." (P. 8).

-"Pues... el objeto que aquí me trae... Ante todo, debo decirle que yo no soy ningún aventurero. En toda la provincia de Orense es bien conocida mi familia... Mi padre es farmacéutico en Bollo y ha hecho una fortuna... vamos, que aunque no sea ninguna cosa del otro jueves, como soy hijo único, me permitirá vivir sin trabajar. Mi madre era de una familia muy antigua y conocida en Galicia, la familia de los Lidones... Acaso usted habrá oído hablar de los Lidones..."

-No, señor" (...). (P. 2).

-"Nada, nada, ya verá usted como eso se arregla y le casamos enseguidita. ¡Vaya con don Seferino, llegar a Sevilla enamorado ya de una sevillana!"

-Ya ve usted... y siendo yo gallego.

-¿Cómo gallego?—exclamó, cambiando repentinamente de expresión en el colmo del estupor—. Pues ¿no me había dicho hace un momento que era poeta?

-Bueno, soy poeta y gallego a la vez.

Me costó trabajo hacerle entender como

SER, OU PARECER, GALEGO,
NON É BO

Segue Sanjurjo:

"Collantes, que así se llamaba el poeta, sonreía, no ya con desprecio, sino con verdadera lástima, cuando le hablaba de mis sabios maes-

* Nome literario de Ignacio Pérez Vázquez, Licenciado en Filosofía e Letras pola Universidade de Santiago e Profesor do Instituto de Formación Profesional de Betanzos.

podían aliarse estas dos cualidades en una misma persona. Creía que ser gallego y llevar baúles al hombro era todo uno. Hasta se me figuró que, para darse cuenta cabal del caso, se puso a recordar que yo había entrado en casa con la maleta entre las manos". (...). (P. 74).

—¡Ah! ¿Es usted asturiano también?—me preguntó este, muy risueño, limpiando con un paño la mesa.

—No; soy gallego.

—Entonces no somos paisanos—repuso con marcada frialdad, retirándose.

Villa soltó una carcajada.

—El hijo de Pelayo le desprecia a usted, compadre. (P. 84).

(Tamén sobre nós e eses nosos veciños, dise en *La aldea perdida*:(Unha sevillana)"Venía con su madre a recoger la ropa de la compañía porque eran lavanderas. El sargento le echaba piropos y el furriel de mi escuadra no le dejaba ni a sol ni a sombra. Pero ella prefería al gallego... El gallego era yo, ¿Sabéis? Allí nos llaman gallegos a los de acá!" (Aos asturianos) (P. 60).

—Déjeme usted, chinchoso, feo, patoso! Parece mentira que usted sea de Cádiz. Merecería usted ser gallego... (*Yo me puse colorado*)".(...). (P. 87).

—Mejor, cuanto más delgadito menos galleguito" (...). (P. 151).

—(...)"Si me aburren mucho me planto como los borriquitos gallegos... (¡Perdona, chico!)" (...). (P. 154).

—¡No parece mentira que haya llegado a enamorarme de este modo de un gallego!". (P. 162).

(Na fábrica de tabacos de Sevilla, onde traballaban tres mil mulleres): "A la idea de que averiguasen que era gallego daba diente con diente.

Por eso había enmudecido repentinamente y dejaba que el inspector me dijese en voz alta:

—Vamos, mire usted bien, ¿es alguna de estas!" (P. 177).

"Perdíamos el compás a cada momento, pero, ¡qué importa! Cada traspies nos hacía reír alegremente. Una vez Gloria me pisó.

—¡Uy! ¡Uy! —exclamé fingiendo un gran dolor— ¡cómo pesa la carne de monja!

—¡Vaya una grasia mohosa... Pero, hombre, ¿tienes la desvergüenza de quejarte? ¿De

cuándo acá el pie de una andaluza puede hacer daño al de un gallego?". (P. 210).

(...) "Y que la única ambición de su vida era ser mi mujercita que yo la tomase y la llevase donde bien quisiera, "aunque fuese a Galicia". (P. 213)

"Me esforzaba en parecer alegre y jacarandoso como los demás y, sobre todo, en disimular el acento de mi país adoptando otro si no andaluz, castellano puro al menos. No lo conseguía. (...) La Serrana me dijo de pronto:—¿Tú eres gallego?

—No, soy de Salamanca —respondí, negando a mi tierra, como San Pedro negó a su maestro.

—Pues se me figuraba ..." (P.230).

—"Matildita, deja a ese maleta, —isi es un gallego! —dijo a la sazón la tía pescueza de las manos amorcilladas, que no me perdonaba el mostrarme insensible a sus enormes glándulas.

—¿Yo gallego?... , so z... —bramé furioso—. Ni soy gallego ni he estado en mi vida en Galicia.

Por segunda vez, como San Pedro, negué a mi tierra, y casi en los mismos términos" (P.231).

—"Mi amo, ¿E su merced gallego?

Una ola de indignación me invadió la cabeza. Me levanté furioso tratando de arremeterlo y le escupí en la cara más que le dije:

—El gallego lo será usted, ítfo granuja indecente!

Por tercera vez negué mi tierra. El gallo no cantó, pero sucedió otra cosa peor". (P. 232).

—"Sí, madre, me he casado hace un mes y tres días, con este buen mozo que ustedes ven delante... No tiene más que un defecto —añadió poniéndose triste— y es que es gallego... Pero no lo parece, ¿verdad?". (P. 272).

AS NOSAS MULLERES

Segue Sanjurjo:

"(...) Una noche le dije en el café, hablando de las mujeres sevillanas:

—Amigo Villa, evidentemente, estas mujeres son más graciosas y apasionadas que allá en el Norte, tienen más ingenio y saben querer de verdad..., pero me temo que no hagan tan buenas esposas como amantes (...).

"Por lo demás —terminó diciendo el comandante—, esas mujeres de su país, más vergonzosas, más tímidas, más circunspectas

que las nuestras acaso sean más peligrosas".

Callé, porque no quise hacer injuria a las mujeres de mi país; pero no me pareció descabellada del todo aquella idea" (P. 248).

"Me condujo a una estancia reducida (dunha modesta vivenda ou *sala*), pero muy aseada y amueblada con más decencia de lo que podía esperarse. En mi país hay salas de hacendados que no están tan bien puestas" (...). (P. 183).

De Maximina:

"El pensamiento de la niña volaba por encima de la blanca cabeza del Guadarrama, atravesaba los yermos campos de Castilla e iba a perderse en las frondosas arboledas de Galicia. "¿Tendrá bastantes calcetines?", se preguntaba en aquel momento. Esta era la grave preocupación de Maximina desde que su esposo se había ido. "Ocho pares no bastan, no pueden bastar, mudándose los todos los días, como él acostumbraba. En aquel país creo que no se lava la ropa a menudo. ¡Ay dios mío!, y si llueve y si humedece los pies, ¿cómo se los va a mudar dos o tres veces al día como aquí?...". (...). (P. 184).

AMIGUÍNOS DOS CARTOS

Di Sanjurjo:

"No sé por qué aquella noche me molestaba de un modo horrible cualquier alusión a mis amores. Suárez, o por imprevisión o por malicia, cometió la falta de insistir.

—La barbiana vale más que la fábrica aún... para un andaluz. A uzté, como ez gallego, le gustará más la fábrica." (P.255).

"Poníame a considerar la renta que de esta cantidad, bien administrada, se podía obtener, y me aturdía. Colocados allá en Bollo con buenas hipotecas, podían dar cuarenta mil reales al año, sin manchar la conciencia." (P. 259).

"Ha de saberse, pues, que antes de dejar a Madrid envié a Sevilla un poder legalizado para reclamar en debida forma la hacienda que por herencia de su padre pertenecía a mi esposa. Como se recordará, en la entrevista que tuve con mi suegra y don Oscar me había comprometido a no pedirles cuentras y a dejar la fábrica en su poder, lo mismo que las demás fincas que constituían la herencia. No había firmado ningún documento, pero había dado mi palabra. Ahora bien, esta palabra me mortificaba de un modo increíble durante mi luna

de miel. A todas horas estaba pensando en aquella bonita dote, prisionera en manos extrañas. ¡Quién sabe lo que harían con ella! Comprendí que mientras esto sucediese no podría ser feliz; que un pensamiento melancólico, una duda funesta iría siempre unida a mis transportes amorosos mientras las escrituras de la herencia no estuviesen en mi poder. Cuando al fin eché la carta al correo, con el documento notarial, respiré como si me hubiesen quitado un gran peso de encima." (P. 269-270).

"Ahora debo recordar que, aunque poeta, soy gallego. En el fondo de mi naturaleza se encuentran también casadas estas dos cualidades, que casi nunca se mortifican o se dañan. El gallego sirve para frenar los ímpetus exagerados del poeta. El poeta ejerce el bello destino de ennoblecer, de dar ritmo armoniosos a la existencia. Pues bien, al escuchar las palabras de Suárez, el gallego me hizo ver inmediatamente el aspecto práctico del asunto que el poeta tenía olvidado de un modo lamentable. ¡Dos millones! Las gracias de la hermana, ya muy grandes, crecieron desmesuradamente con aquella repentina aureola de que la vi circundada. El gozo se me subió a la cabeza y no tuve la precaución de disimularlo. (...)

—Aún puede remediarse, porque la hermana no parece muy dispuesta a consagrarse a Dios de por vida." (P.43).

De La alegría del capitán Ribot:

—¡No podía menos!—exclamó en tono triunfal—Se lo he anunciado a Retamoso el mes pasado y no me ha hecho caso. Es tozudo como buen gallego y de una vista tan corta para los negocios que apenas ve más allá de sus narices. Si no me tuviese a su lado estoy persuadida de que muy pronto daríamos en quiebra. (...).

—Sin embargo, el tío Diego suele saber dónde le aprieta el zapato—se atrevió a manifestar Martí.

—¡Ya lo creo! Detrás de un mostrador despachando queso y bacalao por cuarterones no tendría precio. Pero como negociante es un desdichado, y sólo porque yo me he tomado la molestia de pensar por los dos hemos podido llegar donde nos hallamos.

En aquel momento apareció en la puerta un hombre bajo, regordete, de tez pálida, ojos pequeños y calvo, el cual saludó con acento

marcadamente gallego.

—Buenas noches nos dé Dios.

—¡Hola, tío Diego!... ¡Adiós, Retamoso!...

Doña Clara, cogida in fraganti, convirtió de nuevo sus ojos al periódico, sin perder por eso un átomo de su dignidad. Su marido, que por lo visto no había oído nada, fue dando la mano a los circunstantes, besó a su hija, y al llegar a ella le dijo con acento afectuoso:

—No leas de noche, mujer; ya sabes que te hace daño a los ojos.

(...) A doña Clara debió parecerle sospechoso el panegírico, porque en vez de agradecerlo y alegrarse hizo un gesto de reina ultrajada.

—No me aturdo por tan poca cosa, querido, porque me he educado en otra forma que las mujeres de tu país. Si allí siguen hilando todavía al lado del fuego, en el resto del mundo desempeñan un papel algo más lucido." (...) (P. 36–38).

—"Mi tía Clara es una mujer notabilísima..., un gran talento... Pero creo, sin que esto sea hablar mal de ella, que el alma de la casa, quien los ha hecho ricos es su marido... ¡Oh, el tío Diego se pierde de vista! No hay comerciante más hábil ni con más trastienda en toda la costa de Levante. Lo que a él se le pierda crea usted que no me bajaría a cogerlo.

—Pues, según me ha dado a entender él mismo, parece que es su señora quien le ilumina en los casos difíciles, quien realmente lleva el timón de los negocios.

—Sí, sí—respondió Martí sonriendo, un poco cortado—. No dudo que tía Clara le dé algún buen consejo; pero no los necesita... en Valencia le tienen por socarrón... es posible que haya algo de verdad. Ya conoce usted a los gallegos..." (...) (P. 47).

—¡Mi tía Clara es una imbécil! no ha servido en toda su vida más que para hablar en inglés con las institutrices y pasear su nariz borbónica por la Glorieta y la Alameda. Pero mi tío Diego es el gallego más fino que ha nacido en este siglo. Se ríe de su mujer y es capaz de reírse de su sombra. No le considero capaz para las grandes empresas, no tiene, como ahora se dice, el genio de los negocios; pero yo le aseguro que para los que trae entre manos, que son generalmente de poca monta, no se ha conocido ni pienso que se conocerá en mucho tiempo hombre más avisado" (...) (P. 53).

(...) "Sencilla, modesta, bien educada, ha-

cendosa, acostumbrada a la severa economía de una casa donde se dan cien vueltas a un duro antes de soltarlo, hija única y heredera universal de todo el dinero de su padre. Y mi tío Retamoso posee más de lo que la gente se figura. ¿Quién supo jamás el dinero que tiene un gallego? Por supuesto, mientras él viva no verá usted una moneda de cinco céntimos; pero, ¿a usted qué le importa? (...) Y cuando las necesidades aumenten (...) vendrá la herencia de su suegro" (...). (P. 98).

"Al otro día (...) me personé en la casa de los señores de Retamoso. (...) detrás de la mesa y en el pupitre un hombrecillo rechoncho con gorro de terciopelo bordado. Era el propio señor Retamoso.

—¡Señor de Ribot! ¡Tanto bueno por acá!—exclamó, apresurándose a salir de la jaula, haciendo innumerables reverencias y llevándose otras tantas veces la mano al gorro—¿A qué debemos el honor?

—Deseaba hablar con usted unas cuantas palabras—respondí echando una mirada significativa al dependiente, que, comprendiéndome, desapareció enseguida por los zigzags de los desfiladeros.

La fisonomía del señor Retamoso experimentó un cambio prodigioso. A la alegría que se espació por ella sucedió repentinamente una tristeza profunda. (...) quedó mustio, abatido, seco, el que momentos antes todo era regocijo y expansión.

—Bueno; soy con usted al momento—murmuró introduciéndose de nuevo en la jaula, cerrando cuidadosamente la caja de valores que allí había y sepultando la llave en el bolsillo del pantalón. (...).

"Este buen hombre supone que le voy a pedir dinero", me dije, sorprendido de aquel cambio.

—El caso que me trae a visitarle—manifesté con vacilación—es un poco delicado... es posible que usted sepa...

—No sé nada—profirió en tono resuelto, atajándome.

—Quiero decir, es posible que usted haya sospechado...

—No he sospechado nada—volvió a manifestar con más seguridad aún.

Un poco irritado por aquellas interrupciones, dije con viveza:

—Es igual. Lo sabrá usted ahora. Se trata de cierta corriente de simpatía establecida entre

su hija Isabel y yo. (...).

-¡Oh señor de Ribot! ¿Qué me cuenta? Yo no sé nada, ... yo no me entero de nada... yo soy un pobre hombre... ¿Por qué no se dirige usted a mi mujer(...)? Yo no sé nada de esos toques; pero hay en casa quien sabe más que Merlín... (...).

Una vez arriba me estrechó fuertemente la mano entre las suyas y me recomendó en voz de falsete que mirase bien lo que hablaba delante de su señora y que no me desconcertase en su presencia, que él me ayudaría en cuanto pudiese, aunque no esperaba que fuese mucho, porque también él se sentía cohibido delante de doña Clara.

-Es una mujer profunda, señor de Ribot. Con esto está dicho todo.

(...) Retamoso volvió a apretarme la mano para infundirme valor y penetramos en la estancia.

(...) Acatamos sus órdenes y Retamoso no halló recurso más precioso para preparar la sesión que frotarse en silencio las rodillas con la palma de las manos, mirándome al mismo tiempo con tristeza y zozobra.

-Señor de Ribot -dijo al cabo-, le ruego que manifieste a mi señora lo que hace un momento ha tenido la bondad de manifestarme. (...).

-Lo sé -volvió a decir con la misma gravedad doña Clara.

Yo me quedé aún más cohibido. Retamoso me hizo algunas muecas encaminadas a infundirme aliento y pude continuar (...).

Quedé mudo y confuso (...). Pero no pude menos de admirar el singular contraste que aquellos consortes formaban: él no sabía nada; ella lo sabía todo.

Retamoso me hacía guiños maliciosos dándome a entender que aquello estaba previsto y que no había por qué sorprenderse. (...).

Doña Clara, al cabo de un rato de silencio, irguió aun más su erguida cabeza, y sacudiendo la nariz de un modo capaz de infundir respeto a un mono, profirió:

-Antes de pasar adelante ruego a usted que sigamos la conversación en inglés. Lo grave y lo delicado del asunto así lo exige. (...).

Con esto, la sorpresa, la alegría y las muecas de admiración de Retamoso subieron de punto. Se llevaba el dedo a la frente, arqueaba las cejas, abría disparatadamente los ojos, y

algunas veces, cuando doña Clara no podía verle por hallarse vuelta hacia mí, elevaba las manos al cielo, murmurando imperceptiblemente:

-¡Qué mujer!, ¡qué mujer! (...).

-Señor de Ribot -interrumpió en este punto Retamoso-, ¿tendría usted la amabilidad de ponerme en castellano lo que dice mi señora?.

Así lo hice, y cuando tuvo de ello conocimiento expresó ruidosamente su entusiasmo, exclamando infinitas veces con gran energía:

-¡Eso!, ¡eso! ¡Justo! ¡eso! ¡Justo! ¡eso!.

Doña Clara no hizo el menor caso de aquellos *esos* ni de aquellos *justos* (...). Todas merecieron de su parte la misma aprobación calorosa y fueron saludadas con una salva de *iesos!* y *ijustos!*.

-Permítame usted, señor de Ribot. ¡Un momento..., un momento nada más! -exclamó Retamoso, que a nuestro ejemplo también se había levantado.- Yo no tengo los conocimientos que mi señora ni estoy instruido en los idiomas extranjeros. Así que no he podido enterarme bien de lo que usted desea. Me parece haber comprendido que usted simpatizaba con Isabelita...

"¡Estamos en ésas!", dije para mis adentros mirándole con sorpresa e inquietud. En cuanto a doña Clara, le clavó una mirada capaz de hacerle polvo.

-Sí, señor -respondí al cabo secamente.

-Dispéñeme usted, señor de Ribot... yo soy un poco tardo de comprensión y más en estos asuntos tan finos... También creo entender (perdóneme si me equivoco) que deseaba usted nuestro permiso para dirigirse a ella con ... palabras galantes... Perdóneme, por Dios, si no sé expresarme como ustedes...

-Sí, señor; deseaba la autorización de ustedes antes de estrechar mis relaciones con Isabelita.

-¡Perfectamente! ¡Eso!... Veo que no me había equivocado. Pues bien, mi señor; yo estoy conforme con lo que doña Clara le ha dicho, y si le hubiese dicho más, con más estaría conforme todavía. Ya conoce usted mi opinión, señor de Ribot. Cuando se tiene en casa quien pueda dar un consejo acertado sobre todos los negocios, ¿para qué calentarme la cabeza discuriendo?... Solamente yo desearía que en éste no hubiese compromiso por ninguna de las dos partes. Por ahora nada de compromiso. Si más adelante usted, señor de Ri-

bot, le conviene ese compromiso y a nosotros nos conviene también, entonces ya podremos hablar de otro modo..., digo, ya mi señora le hablará de otro modo, porque yo ni pincho ni corto; bien lo habrá usted comprendido, mi señor.

Lo que comprendí perfectamente era que aquel gallego socarrón, antes de soltar su palabra, deseaba enterarse con exactitud de mis bienes de fortuna. Me dejé engañar, sin embargo, en apariencia. (...).

-¡Eso! ¡justo!... ¡justo!... Nada de compromiso.

(...) y me dijo al oído al despedirme:

-Por supuesto, señor de Ribot, todo esto sin compromiso, ¿no le parece? Mi opinión es que no debe haber compromiso" (P:111-117).

DE TAL PALO ...

Segue *La alegría del capitán Ribot*:

(Isabelita) (...) "no tardó en encauzar la conversación hacia nuestro proyectado matrimonio. Me habló de su equipo (...) No paró aquí la cosa. De una en otra, y con extraña habilidad, llegó la niña a averiguar exactamente mi capital. No tenía por qué ocultarlo.(...) Isabelita quedó pensativa un instante.

-No es mucho -dijo al cabo con cierta inflexión antipática de voz que yo no le conocía.

Y después de una pausa añadió con sonrisa forzada:

-Mi padre te creía mucho más rico.

-Pues ya ves como se ha equivocado respondí con sonrisa más forzada aún-. Casi siempre nos equivocamos respecto a los demás, unas veces creyéndolos más ricos... otras creyéndolos más nobles.

Todo estaba dicho ya. Sentí una repugnancia enorme, invencible, casi pudiera llamarla asco. En un instante quedó formada mi resolución. Por todos los tesoros de la tierra no me casaría con aquel mercachifle de perfil angelical." (...). (P. 128-129).

¿QUE SERÁ A MORRIÑA?

Íd:

- "¿Sabes lo que tienes tú? - dije al cabo-
¡Morriña!

-¿Qué es eso? -Preguntó abriendo mucho los ojos.

-Cierta enfermedad que padecen los gal-

gos cuando pierden una cantidad que excede de cincuenta céntimos " (P. 154)

MEDIO EN SERIO...

De *La hermana San Sulpicio*:

"A los dos o tres días de tratarla me preguntó:

-¿De dónde es usted?

-De Bollo

Me miró con sorpresa.

-Un pueblecito del partido judicial de Viana del Bollo, en la provincia de Orense -añadió con timidez.

Por sus ojos pasó entonces un relámpago de alegría y observé que se mordió los labios fuertemente, volviendo al mismo tiempo la cabeza.

-¿Qué? ¿Le hace a usted gracia el nombre de mi pueblo, verdad? -le pregunté, comprendiendo lo que pasaba por su interior...

-Pues sí, señor..., dispéñeme usted..., me hace muchísima gracia -repuso tratando de reprimir en vano las carcajadas que fluían de su boca -. Dispéñeme, pero tanto bollo..., vamos..., es cosa que a cualquiera se le atraganta.

Después que se rió cuanto quiso, me dijo:

-No creí que fuese usted gallego.

-¿Pues?

-No se le conoce a usted nada.

-¿Y en qué distingue usted a los gallegos, hermana?

-Pues en lo que los distingue todo el mundo... está bien a la vista -replicó con algún embarazo.

Yo me eché a reír, adivinando que se figuraba que todos los gallegos eran criados o mozos de cuerda, se puso un poco colorada y dijo:

-No es por nada malo..., no crea usted que yo quiero rebajarlos.

En los días sucesivos observé que el sentimiento de conmiseración por la desgracia de haber nacido en Galicia no se desvaneció, mostrándome cierta simpatía y benevolencia no exenta de protección." (...). (P. 27-28).

ALGÚNS RASGOS

Di Sanjurjo:

"¡Anda! ¡cualquiera diría que es usted gallego! Con esas palabritas gitanas más parece usted un gacitano!" (P. 34).

Gran Cine CAPITOL - Betanzos

Sábado 25 de Octubre de 1952, a las 8 y 10 y 3/4
Domingo 26, a las 5, 8 y 10 y 3/4

Va está aquí el éxito del año... la película de la simpatía arrolladora... la de los artistas admirados y aplaudidos...

LA HERMANA SAN SULPICIO

(en bello CINEFOTOCOLOR)

interpretada por la pareja de máximas simpatías del cine contemporáneo CARMEN SEVILLA y JORGE MISTRAL con MANUEL LUNA en el papel de Padre Santiago.

LA HERMANA SAN SULPICIO

Inspirada en la famosa novela de Palacio Valdés, no tiene nada que ver con las versiones anteriormente realizadas.

CARMEN SEVILLA, más guapa y más artista que nunca, incorpora con verdadero derroche de arte, belleza, simpatía y gracia andaluza el papel de Gloria primero, en el mundo, y luego Hermana San Sulpicio en el claustro.

Carmen Sevilla, baila, canta, rasguea la guitarra, desbordó simpatía por todas partes, cautiva a todos, revuelve el Convento, hace travesuras, torca con sal y gracia y maravilla a todos.

JORGE MISTRAL, ídolo hoy de los públicos latino e hispano americano, está formidable.

Una película de actualidad que el Capitol ha conseguido traer a Betanzos a los pocos días de su estreno en La Coruña. Nadie en Betanzos ni su comarca dejará de ver

LA HERMANA SAN SULPICIO

Todos al Capitol para verla

Tolerada menores.

Martes 28, Formidable: un estreno de domingo en martes extraordinario: ROSTRO AL MAR. - Miércoles 29 y jueves 30. Algo maravilloso y sublime: TERESA. - Viernes 31 y sábado 1.º de noviembre. Maravilla. Mejor que cualquier película con Esther Williams. EN UNA ISLA CONTIGO.



Repítose, desta vez no Alfonso, o 21 de novembro de 1969.

"Este temperamento tímido que Dios nos ha dado a los gallegos me perdió" (P. 77).

- "Tengo el honor de presentar a usted a mi amigo don Ceferino Sanjurjo, joven de relevantes prendas, enamorado, galán y notabilísimo poeta.

Pepita me alargó su mano flaca, diciendo:

- Si se parece usted a su amigo, no cuente usted con mi simpatía... pero, no; tiene usted mejor cara.

Pues es mucho más gallego que yo -dijo Vi-

lla soltando a reír.

- Verdad, señorita -manifesté con resolución-. Soy de la provincia de Orense.

- No importa -replicó ella con amabilidad-. Él merece ser gallego y usted andaluz." (P. 88).

"Mejor lo tenía yo pensado. En esto de ver las cosas como son y conseguir lo que nos proponemos, me parece que nadie saca ventaja a los que hemos nacido en los valles pintorescos de Galicia." (P. 102).

"El genio astuto de la raza galaica, que late

en el fondo de mi ser lírico, me suministró una traza apropiada al caso." (P. 106).

"El espíritu dúctil y fino de mi raza nunca se ha desmentido en los actos trascendentales en que me he visto precisado a intervenir." (P. 261).

"Pero los gallegos somos casi tan tercos como los aragoneses" (...). (P. 9).

AS DÚAS PAISAXES

Segue Sanjurjo:

(...) "La animación y el ruido que por todas partes reinaban despertaron en mi alma una alegría que jamás hasta entonces había sentido: la alegría del sitio. Había visto en mi país hermosos paisajes rientes como no es posible verlos en ningún paraje de la tierra, había asistido al levante del sol en la playa de Vigo, había escalado y hollado con mi pie las famosas montañas de Asturias. En todas partes, el espectáculo de la naturaleza, aun en sus momentos risueños, me había empujado blandamente a la meditación y a una dulce melancolía. Nada de esto sucede ahora" (en Sevilla). (P. 63).

"Del lado de acá, por la parte del sur, la gran ese del río (Guadalquivir) brillaba a los rayos del sol, desarrollándose entre huertas de naranjos y olivos. A cierta distancia estas cesaban, y la campiña se extendía llana, desnuda, con un color dorado, hasta tocar el cielo en los confines del horizonte. En aquel espléndido paisaje mis ojos no veían la riqueza infinita de matices de Galicia. El esplendor irresistible de la luz los borra y los confunde a todos." (P.205).

DOUS GALEGOS EN MADRID

De *Riverita*:

(...) "Había en el establecimiento (un colegio) un criado un gallego, mozo de veinticinco años a lo sumo, alto, grueso, fornido, del cual se contaba entre los chicos que había levantado dos hombres con los dientes y otras proezas. Con éste determinó de habérselas nuestro capellán. Un día descubrió que el gallego se había puesto sus botas para irse a paseo. No quiso mejor ocasión y ardiendo en cólera, le dijo a Miguel (*Riverita*): "¿Sabes que el bribón de Manuel se puso ayer mis botas para irse a tunantear por las tabernas...? ¡Pero no se ha de refr de mí ese jayanote indecente...! Ahora

vas a ver, ibarájoles!". Y le llamó desde su cuarto. Acudió Manuel: el cura cerró la puerta y comenzó a recriminarle durísimamente. Manuel, bajando la cabeza, se disculpó torpemente. Mas el cura, en vez de suavizarse con esta actitud humilde, siguió alzando el gallo cada vez más, y concluyó por pasar a vías de hecho, dándole una tremenda bofetada que resonó en toda la casa. El pobre Manuel, aviado a llevar palizas de cabos y sargentos cuando estaba de servicio y penetrado desde niño del profundo respeto que se debe a los sacerdotes, no se movió y aguardó, escondiendo la cara, la granizada de mojicones y puñadas que el capellán le descargó. No bastaron a desarmarle la humildad evangélica del gallego (que por cierto a levantar la mano le hubiera deshecho), ni las súplicas de Miguel que presenciaba conmovido aquel espectáculo. Hasta que se cansó estuvo aporreando al infeliz criado, dejándole con varios chichones en la cara y las narices ensangrentadas. Esta conducta indignó a Miguel en alto grado, y lo que acabó de desprestigiar al cura fue que, en vez de avergonzarse de haber pegado a un hombre que no se defendía, aún se jactaba de ello el muy ruin. "¿Has visto, barájoles, has visto que mocada tan gorda le asesté la primera? ¡Qué bien sonó!, ¿eh?... Pues aún fueron mejores las que le di por debajo, en las narices, aunque no sonaron tanto... ¡Barájoles, ya le tenía yo ganas a ese mastuerzo!... ¡Que eche roncas ahora con sus dientes de caimán." (P.73-74).

Íd:

"-Vaya, *rumia*, aquí tenéis con qué llenar el fuelle -dijo el cocinero en gallego cerrado, presentándoles las chuletas, cada una en su plato, y colocando los platos sobre una silla." (P.151).

GALEGOS NUN TREN

De *Maximina*:

(...) "En Venta de Baños entraron en el mismo coche otros cuatro viajeros, tres señoras y un caballero. Pasaban de los cuarenta años. Eran hermanos, según se enteraron después, y hablaban con marcado acento gallego. Miguel pasó a ocupar el asiento al lado de su mujer, colocando a la doncella enfrente, y decidió aparecer circunspecta, a fin de que aquellos señores no conocieran que eran recién casados. Sin embargo, no pudo escapárseles esta

circunstancia. Las miradas insistentes y la conversación secreta que los novios sostenían lo denunciaban claramente. Las señoras sonrieron primero, hablaron luego entre sí y, por último, pusieron los medios para trabar conversación, consiguiéndolo presto. No tardaron tampoco en informarse de cuanto deseaban saber; con lo cual se les despertó, sin saber por qué, una viva simpatía hacia Maximina, y procuraron demostrársela colmándola de atenciones. La niña, que no estaba avezada a ser objeto de ellas, mostróse confusa y acortada, sonriendo con aquella apariencia vergonzosa que la caracterizaba.

Esto concluyó de seducir a las gallegas. Decididamente la tomaban bajo su protección. Eran solteras todas, y el hermano lo mismo. Ninguna había querido casarse "por el dolor que les causaba la idea solamente de separarse": esto afirmaban a una voz. Por lo demás, ¡Virgen del Carmen, las proposiciones que habían despreciado!. Una de ellas, Dolores, al decir de las otras dos, había estado en relaciones seis años con un estudiante de derecho, en Santiago. Al concluir la carrera, Dolores, sin saber por qué, cortó las relaciones, y el estudiante se fue a su pueblo, donde, despedido, se casó inmediatamente con una prima rica. Otra, Rita, había tenido unos amores contrariados por su papá. El joven que amaba era poeta; estaba pobre. Nada pudo vencer la resistencia del papá a aceptarlo por yerno. Desesperado, desapareció, cuando menos se esperaba, después de haberse despedido tiernamente de Rita (los pormenores románticos de esta despedida no quiso la interesada que se contasen), y no volvió a saberse más de él. Algunos aseguraban que había perecido en las garras de un tigre, buscando en California una mina de oro. En cuanto a la tercera, Carolina, era una verdadera locuela. Nunca habían conseguido sus hermanos que sentase la cabeza. Cuando más creído tenían en casa que estaba enamorada y que la cosa iba seria, ¡pum!, de la noche a la mañana dejaba plantado al novio y lo reemplazaba por otro. Carolina, que tendría unos cuarenta y cinco años mal contados, quiso ruborizarse al escuchar estas afirmaciones, y exclamó sonriendo graciosamente:

—¡No haga usted caso, Maximina! ¡Qué tonta es esta niña!... yo no puedo negar que me gusta la variación; pero, ¿a quién no le gusta

un poco?. A los hombres hay que castigarlos de vez en cuando, porque son muy malos, ¡muy malos! No se enfade usted, señor Rivera... por eso yo me dije: "Lo que es a mí no me la da ninguno".

—Eso consiste —dijo Rita— en que todavía no te has enamorado de veras.

—Podrá ser. Hasta ahora no he sentido esos afanes y esas fatigas que pasan los enamorados, según dicen. Ningún hombre me gusta más de quince días.

—¡Qué horror! —exclamaron riendo Dolores y Rita.

—No digas esas cosas, loca.

—¿Por qué no he de decir lo que siento, Rita?

—Porque está mal visto. Las jóvenes deben tener cuidado con las palabras.

—Vamos, Carolina—manifestó Miguel, revistiéndose de gravedad—; yo, en nombre de la humanidad, le suplico que aplaque usted sus rigores y haga pronto a algún hombre feliz.

—Sí, ¡buenos pillos están ustedes!

—¡Muchacha! —gritó Dolores.

—Déjela usted, déjela usted —interrumpió Miguel—. Con el tiempo ya llegará a sentar esa cabecita. Tengo esperanza de que no tardará alguno en vengarnos a todos.

—¡Ca!...

A todo esto, el hermano, que era un señor obeso y con grandes bigotes blancos, roncaba como una foca. Maximina escuchaba sorprendida aquellas cosas, que apenas podía comprender, y miraba a Miguel de vez en cuando, tratando de inquirir si hablaba en serio o se estaba burlando.

Las señoritas de Cuervo (que éste era su apellido) iban a Madrid a pasar una temporada. Todos los años hacían lo mismo. El resto del invierno lo pasaban en Santiago, y el verano en una aldea muy pintoresca donde se espaciaban a su talento, corriendo como cervatillas por el campo, subiéndose a los árboles para comer las cerezas y los higos y las manzanas, bebiendo el agua en las manos, haciendo excursiones en borrico a las aldeas vecinas (¡qué risa!, ¡cuánto se divertían, madre mía!), presenciando las faenas agrícolas y bebiendo la leche que el criado acababa de ordeñar.

—Esta Carolina se pone insufrible en cuanto llegamos. Si sale por la mañana y nadie vuelve a saber de ella hasta la hora de comer. Con el bocado en la boca vuelve a salir, y hasta la

noche.

—¡Pues tú puedes hablar, Lola! Yo me voy con las demás muchachas a buscar nidos o a lavar la ropa al río... pero tú te pasas las horas muertas dando palique desde el corredor a los galanes que te hacen la rosca...

—¡Jesús, qué atrocidad! Supongo, señor Rivera, que usted no creerá a esa aturdida insustancial...! Figúrese usted que los galanes que allí hay son todos labradores!...

—Eso no importa —manifestó Miguel—. También tienen los labradores corazón y pueden amar las cosas bellas. No dudo que usted tendrá mucho partido entre ellos.

—En cuanto a eso —respondió Lola con rubor—, si he de decir la verdad, sí señor, me quieren mucho. Todos los años, en cuanto saben que vamos a llegar, se preparan los mozos para darme una serenata y cortan un arbolito para ponérmelo delante de la ventana.

—La serenata no es a ti sola —interrumpió vivamente Carolina— Es a todas.

—Pero el árbol sí —respondió malhumorada Lola.

—El árbol, bueno; pero la serenata, no —replicó aquella un poco picada.

Lola le dirigió una mirada penetrante y siguió:

—Figúrese usted, Rivera, si tendrán pasión por mí que cuando vinieron los ingenieros a construir un puente yo dije que no me gustaba donde lo tenían marcado, sino más arriba. Pues en cuanto los mozos se enteraron de lo que yo había dicho, se presentaron a los ingenieros y les dijeron que el puente se había de hacer donde la señorita Lola quería, y que no se pensara en otro sitio, porque ellos lo estorbarían. Y como los ingenieros no quisieron variar el plano, así se está el puente sin construir hace ya cuatro años.

—Todo esto —dijo Miguel—, no tanto le honra a usted como a esos inteligentes jóvenes.

—¡Son tan buenos los pobrecillos!

—Nada santifica tanto el alma como el amor y la admiración—volvió a decir sentenciosamente Rivera.

Lola dijo: "¡Ah!", y se ruborizó.

Aquellas tres señoritas vestían de un modo inverosímil y, si podemos decirlo así, anacrónico. Sus trajes eran vistosos, pintorescos y hasta un sí es no es fantástico, como sólo se consiente a las niñas de quince años. Carolina llevaba el cabello partido en dos trenzas con

los lacitos de seda en las puntas, y apretaba su flaco y arrugado cuello con una cinta de terciopelo, de donde pendía una crucecita de esmeraldas. Las otras, como un poco más formales, lo llevaban recogido, aunque no con menos perifollos.

La noche ya había llegado tiempo hacía. La familia Cuervo propuso que se cenase, convidando galantemente a sus nuevos amigos con las viandas que llevaban. Aceptaron éstos presentando también las suyas, y en buen amor y compañía se pusieron a engullirlas, extendiendo previamente las servilletas sobre las rodillas. El hermano, que había despertado muy a propósito, comió como un elefante. Durante la cena dijo pocas frases, pero buenas. Una de ellas fue:

—Yo para el tomate isoy un águila!

Miguel se le quedó mirando un buen rato, y al cabo comprendió la profundidad que guardaba este concepto estrambótico.

Había llegado a establecerse entre todos una confianza ilimitada. No siendo bastante llamar a Miguel por su nombre en vez del apellido, Dolores propuso a Maximina que se tratasen de tú.

—Yo no puedo tener confianza con una amiga si no la tuteo... Además, entre chicas es la costumbre.

La joven sonrió avergonzada de aquella extraña proposición... Las gallegas, sin más preambulos, comenzaron a menudear el segundo pronombre de lo lindo. Pero Maximina, aunque la serrasen viva, no podía corresponder al tuteo, y a la primera ocasión se le escapó el usted. Entonces las de Cuervo se mostraron ofendidas. La pobre niña se vio precisada a dar mil rodeos a fin de no hablarles directamente. Miguel, por vengarse alegremente de las molestias que ocasionaban a su esposa, comenzó a su vez a hablarles con gran familiaridad, lo cual no dejó de sorprenderlas al principio; pero se acostumbraron pronto de buen grado. No contento con esto, al poco rato sacudió rudamente por el brazo al señor de los bigotes blancos.

—Oye, chico, no duermas tanto... ¿Quieres un poco de ginebra?

Don Nazario, que así se llamaba, abrió los ojos muy espantado, se echó al colete la copa que le ofrecían y volvió a quedar inmediatamente dormido.

Ya era hora de hacer todos lo mismo (...).

Y ya no oyeron en el coche más que los roncidos de don Nazario, el cual era especialista en el ramo. Comenzaba generalmente a roncar de un modo acompasado, solemne, en períodos firmes y llenos. Poco a poco se iba precipitando, haciéndolos más concisos y enérgicos, y al mismo tiempo acentuando la nota gutural, que en un principio apenas se advertía. Desde las fosas nasales bajaba la voz a la garganta, volvía a subir, tornaba a bajar, y así por largo tiempo. Pero a lo mejor, dentro de aquel ritmo al parecer invariable, se dejaba oír un silbido agudo y penetrante como anuncio de tempestad. Y, en efecto, al silbido contestaba prontamente un gruñido profundo y amenazador, y después otro... Repetíase de nuevo el silbido aún más estridente, y al momento era ahogado por un confuso rumor de sonidos discordantes que infundían pavora en el alma. Y este rumor iba creciendo, creciendo, hasta que, sin saber por qué, se transformaba súbito en tos asmática y perruna. Don Nazario daba un suspiro, descansaba breves momentos y cogía de nuevo el hilo de su oración en tono mesurado y digno. (...) mientras, las señoritas de Cuervo, su hermano (...) dormían en varia y original postura. (...) El tren corría ya por los campos vecinos a Madrid. Las señoritas de Cuervo despertaron. La luz natural no favoreció gran cosa sus naturales gracias; pero se apresuraron a venir en su ayuda con una serie de minuciosos trabajos que dejaban bien probadas sus inclinaciones artísticas. De un magno estuche de piel de Rusia sacaron peines, cepillos, pomada, horquillas, polvos de arroz y un frasquito de colorete. Y unas a otras se fueron aliñando y retocando escrupulosamente en medio de mil frases cariñosas y carocas infantiles.

-Vámonos, chica, estáte quieta... Mira que te voy a pinchar...! Jesús, qué niña tan mala!

-Estoy nerviosa, Lola, estoy nerviosa.

-Ya se conoce que vas a ver pronto a quien tú sabes y yo me callo.

-¡Qué tonta! Calla. Rivera se lo va a creer.

Maximina contemplaba sorprendida, con los ojos muy abiertos, aquel repentino tocado. Las de Cuervo la invitaron a hacer lo mismo, y entonces salió de su estupor dando confusamente las gracias. (...) En la estación (...) Después de despedirse las gallegas con mil ofrecimientos amistosos" (...). (P. 17-23).

"En los primeros meses hicieron varias vi-

sitas y recibieron también algunas, entre ellas las de las señoritas gallegas que habían conocido en el viaje, las cuales manifestaron hacia Maximina una simpatía ardiente y bulliciosa, propia de chicas. (...). (P. 60).

ELECCIONES

Dise en *Maximina*:

"Mendoza meditó otro rato y dijo:

-Aún pudiera arreglarse todo. El general, aceptando la embajada, dejó vacante un distrito, el de Serín, en Galicia. Pronto se procederá a segundas elecciones. Si el Gobierno te acepta por candidato adicto tienes seguro el triunfo." (P. 137).

"-Ea -dijo después (o Presidente do Gobierno) que hubo despedido a todos-, ya soy de ustedes. ¿Qué le ocurre, amigo Mendoza?.

-Quería saber si han resuelto ustedes algo acerca del distrito de Serín. (...).

-¿Conque usted quiere ser diputado por Serín?.

-Si usted no se opone a ello...

-¡Yo que me he de oponer! (...).

Quedóse unos instantes pensativo, dio una chupada al cigarrillo y añadió:

-No conozco el distrito de Serín. ¿Usted sabe cómo anda aquello, Mendoza?.

-Me parece que el Gobierno dispone de él en absoluto. (...).

-Pues si así es -dijo levantándose y poniendo una mano en el hombro de Miguel- cuéntese diputado. (...).

-Muchísimas gracias, señor presidente.

-(...) Aunque las elecciones se retrasaran todavía un poco, conviene que usted escriba al distrito y se entienda por medio del general con algunas de las personas caracterizadas (...).

Miguel salió entusiasmado de la entrevista (...). (P. 144-146).

"-Viene usted a hablarme del distrito, ¿eh? ¿Cómo lo tiene usted?.

-Creo que bastante bien. Hasta ahora me parece que no hay ninguna oposición.

-(...) Ayer me han dicho que por ese distrito trataba de presentarse Corrales.

-¿Quién, el ex-ministro moderado?.

-El mismo. (...) Por nada en el mundo quisiera que el representante más genuino, y uno de los más temibles del moderantismo, se nos colase de rondón en nuestra casa. Porque el distrito de Serín es nuestra casa. (...) ¿Ha tra-

bajado usted mucho?.

—Bastante." (P. 153-154).

"Con las debidas precauciones, esto es, insinuándole primero la idea vagamente, precisándose las después cada vez más, comunicó Miguel a su esposa la necesidad de ir a Galicia unos días (...). Al meterse en el coche, nuestro joven llevaba el corazón apretado: "¡Si no fuese por lo que es, cualquier día me metería yo en estos líos, y sobre todo dejaría a mi mujer y a mi hijo!", se dijo con cierta amargura." (P. 169 e 171).

"Antes de llegar al distrito se detuvo en la capital de la provincia, donde fue recibido por el gobernador con extraordinaria cordialidad. Era un joven que acababa de desempeñar la tarea de segundo o tercer gacetillero en un diario liberal de la corte. Se decía en la ciudad que sus conocimientos administrativos acaso podían ser más sólidos sin inconveniente; pero, en cambio, cuando bien se le antojaba, respondía en verso a las comunicaciones, paseaba por las calles de chaqueta y hongo, convidaba a *manzanilla* a los diputados provinciales la mayor parte de los días, gastaba bromas con los porteros, y en las sesiones de la Diputación se autorizaba algunas veces silbar por lo bajo aires de *Barba Azul* o *La Gran Duquesa*. Llamábase Castro.

En cuanto Miguel se presentó en el Gobierno Civil le dio un abrazo apretadísimo, como si fuese íntimo amigo, aunque no se habían hablado en Madrid más de cuatro veces, y comenzó familiarmente a tutearlo. Prometiéndole inmediatamente todo el apoyo oficial.

—Te sacaré a flote aunque sea por los pelos, chico. Ve al distrito y escribe desde allí todo lo que te haga falta, que lo haré aunque sea una barbaridad.

Alegre con este recibimiento, y lisonjeado, tomó nuestro héroe al día siguiente la diligencia para Serín, que distaba unas siete leguas de la capital. Era un pueblecillo mezquino, pero admirablemente situado cerca de una ría, cuyas orillas mostraban la vegetación lujuriantemente de los países cálidos y el fresco verdor de los septentrionales. Los naranjos, limoneros y laureles de la ribera casi se daban la mano con los castañares y robledos que se extendían por la falda de las montañas. Éstas eran suaves y verdes en los primeros términos, negras y abruptas en los últimos, de suerte que formaban un grandioso cordón que hacía más pintoresco el

paisaje. El grupo de casitas blancas que componían el pueblo de Serín estaba envuelto en una tupida franja de árboles, excepto por la parte de la ría, en cuyas aguas claras y azules se espejaba.

Pues aquel deleitable paraje, que parecía un rincón del paraíso, lo era del infierno a lo que pudo averiguar inmediatamente Miguel. Sin que le faltase, como vamos a ver, no una sino dos serpientes para atormentar a sus indígenas. Estos se hallaban, desde tiempo inmemorial, divididos en dos bandos, los de la Casona y los de la Casiña, llamados así porque los primeros se reunían en un edificio grande, oscuro, con dos torres almenadas, que había en lo alto del pueblo y los otros en una casa de un solo piso, construida con lujo de adornos, hermoso portal con verja de hierro y dos grandes miradores, sita en el muelle. También se llamaban "los de don Martín" y "los de don Servando" por el nombre de sus respectivos caudillos. La división de estos partidos no se fundaba en que los unos, los de la Casona, representasen el elemento tradicional y conservador y los de la Casiña, el novador y liberal, supuesto que se había visto varias veces a los primeros defender a los Gobiernos liberales, y a los segundos sostener la causa del candidato moderado. La pelea estaba encendida solamente por el afán de dominar en el Ayuntamiento y ser dueños, por ende, del pueblo. Lo demás les tenía sin cuidado. Sin embargo, no es posible negar que en los de don Martín había tendencias marcadas hacia el absolutismo. En los de don Servando no se advertían, en cambio, hacia la libertad.

Este don Servando fue quien recibió a Miguel al apearse de la diligencia, y le llevó, quieras o no, a su casa.

Era un hombre grueso, de regular estatura, que frisaba en los sesenta años. Su rostro, de un color rojo subido, estaba exornado por cortas patillas grises. Gastaba levita negra muy larga y hongo negro también.

—¿Tengo el honor de hablar con el señor Corcuera? —le preguntó muy fino, con marcado acento gallego.

—No, señor; me llamo Miguel Rivera, para servir a usted.

—Está muy bien —respondió y dirigiéndose a un mozo en seguida—: Muchacho, recoge el equipaje del señor y ten cuidado de él: ya se te avisará dónde has de llevarlo.

—Supongo que será usted el señor Bustelo— se apresuró a decir Miguel.

—Allá, en doblando aquella esquina, hablaremos. Le agradecería que me hiciese el favor de seguirme.

Y don Servando se puso a caminar con paso firme y reposado hacia la esquina indicada. Miguel le siguió, sin comprender lo que aquello significaba.

Cuando hubieron llegado, don Servando le dijo sin mirarle y como si hablase con la mencionada esquina:

—He recibido aviso del señor gobernador de que llegaba usted esta tarde, y cuento que usted me honre aceptando una modesta habitación en mi casa.

—¿De modo que es usted el señor Bustelo?.

—Aquella casa que usted ve allí donde hay un carro parado es la de usted, mi señor. Tenga la bondad de ir delante, que no tardaré en seguirle.

Miguel hizo lo que le mandó sin comprender qué objeto tenía aquel misterio. Después tampoco lo supo; pero no le sorprendió. La cualidad predominante de don Servando, la que resplandecía en todos sus actos y jamás le abandonaba, era la cautela. No preguntaba nunca directamente más que lo que ya sabía; lo que deseaba averiguar siempre lo hacía por medio de largos rodeos y ocultando bien su deseo. No respondía tampoco jamás de una vez y claramente a las preguntas, por insignificantes e indiferentes que fuesen. A las pocas horas de estar en su compañía, Miguel se convenció de que era inútil tratar de enterarse de nada de lo que a su persona se refería. Por esta cualidad sobresaliente era admirado por sus amigos y temido de sus adversarios en grado sumo. Hablaba poco y sin mirar al interlocutor.

Después que hubieron cenado y de haber traído la maleta del huésped con infinitas precauciones, se encerraron los dos en el despacho de don Servando, y éste, en menos de una hora, se bebió seis botellas de cerveza.

—Parece que es usted aficionado a la cerveza, señor Bustelo.

—Phs..., así, así..., prefiero el vino— contestó con la gravedad y el acento gallego que le caracterizaban.

En los días siguientes pudo observar Miguel que apenas probaba el vino.

Uno en pos de otro, y como si se tratase de

peligrosa conspiración, vinieron a visitar al candidato oficial los partidarios de don Servando, los cuales se las prometían muy felices en la elección. Sin embargo, no tardó en comprender Miguel que las fuerzas estaban muy equilibradas, porque si bien, en la que pudiéramos llamar región urbana, esto es en el casco de la población de Serín, predominaban los de la Casiña, en la parte rural se hallaban en patente minoría. Las fuerzas oficiales tampoco estaban por entero a su disposición, pues si el Ayuntamiento de Serín era suyo, el de otros dos concejos, Agüería y Villabona, pertenecía a don Martín, y en ellos estaba, sobre todo en el último, la clave de la elección. El general Ríos sa había presentado sin oposición por este distrito, y desde este momento los partidarios de la Casona habían rivalizado con los de don Servando en solicitud y eficacia para servirles. Tal era la táctica usual entre ellos. Cuando se veían en la imposibilidad de luchar, humillaban la cabeza y hacían lo posible por captarse la amistad, o al menos la benevolencia, del diputado, a fin de recabar algunas migajitas de favor que no les pusiera del todo a merced de sus implacables enemigos. Bien sabían por experiencia que si esto llegaba a suceder les aguardaban toda clase de vejaciones y algunas veces el presidio, pues unos y otros se pintaban solos para *empapelar* al lucero del alba. Gracias a ello, aunque el general se inclinaba a los de la Casiña, no había consentido que se maltratase a los otros, y aun había llegado a dejar en sus manos algunos empleos retribuidos por el Estado, cosa que alteraba la cólera de los amigos de don Servando y les encendía de tal modo que secretamente murmuraban del conde y hasta se proponían vengarse de él en ocasión propicia. Así que veían el cielo abierto teniendo en perspectiva otro diputado que esperaban fuese enteramente suyo y arrancase de cuajo la influencia de don Martín en el concejo, al menos por una larga temporada. Por esta razón, don Servando tuvo la precaución maliciosa de alojarle en su casa, a fin de que ni don Martín ni los amigos de don Martín pudieran visitarle.

Al día siguiente de llegar, por la mañana, después de escribir a Maximina, salió a echar la carta al correo proponiéndose al mismo tiempo recorrer la villa. En la primera calle, que desembocaba en el muelle, columbró un buzón y a él se dirigió; mas al acercarse ob-

servó que tenía clavada una tabla sobre la abertura. Siguió caminando, y algo más lejos vio otro; pero sucedió lo mismo, e igualmente en otros tres o cuatro que acertó a ver en distintos parajes del pueblo.

—¿Quiere usted decirme dónde puedo echar esta carta al correo?... Todos los buzones que he visto están clavados— dijo a una doméstica que pasaba.

—Es que la cartería ahora la tiene don Matías..., un comercio de comestibles que está cerca del muelle, ¿sabe?... No tiene pérdida; siga esta calle abajo y la hallará.

La cartería, en efecto, según pudo después averiguar, era uno de los estados que los dos bandos de Serfín se disputaban con encarnizamiento, pasando alternativamente de las manos de un amigo de don Matías a las de otro de don Servando, y viceversa. Como generalmente eran personas distintas, porque precisaba contestar a todos, de aquí que muchas casas de Serfín se hallasen agujereadas. La cartería estaba dotada con el sueldo de tres mil quinientos reales al año.

Caminando por una de las calles tropezó con don Servando, el cual le saludó gravemente y trató de pasar de largo.

—¿Qué hay, señor Bustelo, va usted hacia su casa?.

—No, señor, no; voy dando una vueltecita. Después tengo algunos negocios... quede con Dios, señor de Rivera.

Este se fue a casa, y antes de llegar vio que entraba en ella don Servando. ¿Por qué había mentido? Sólo Dios lo sabe.

Al tener noticias de que Miguel había echado una carta al correo, quedóse lívido el jefe de los de la Casaña.

—¿Cómo..., señor de Rivera..., una carta?

—Sí, señor, una carta— respondió, sin comprender aquella sorpresa.

—¿Pero no sabe usted, mi señor, que don Matías es de los otros?.

—¿Y qué?

—Aquí no recibimos ni echamos cartas al correo en la villa; las enviamos a Malloriz, y allí tenemos también una persona que recibe las que nos escriben, y nos las remite después.

—¡Hombre, qué desconfianza!.

—Toda es poca, mi señor, toda es poca.

Tranquilizóse al saber que la carta era para su mujer, y acto continuo le convidó a beber una botella de cerveza. Para el jefe de la Ca-

siña el beber cerveza era una función augusta de la vida. Tenía espantado al pueblo porque se decía, quizá con verdad, que bebía cinco duros diarios de este licor. No poco ayudaba tal prodigalidad, verdaderamente horrible en aquel país, a mantener su prestigio. Don Servando era el único rico que gastaba todas sus rentas en Serfín, y eso que estaba soltero.

XXII

Exigieron lo primero los de la Casaña, de Miguel, para afianzar su elección, que trabajase para destituir al alcaide de la cárcel, quitar la cartería a don Matías y el estanquillo a un sujeto llamado Santiago, todos amigos de don Martín. Y efectivamente, Miguel escribió al gobernador y a sus amigos de Madrid. A los cinco o seis días vino la separación del estanquero y de don Matías, y poco después la del alcaide, nombrándose en su lugar a tres personas adictas a la cerveza de don Servando. Este, al escuchar la noticia, se dignó sonreír y bebió tres vasos sin respirar. Los amigos vislumbraron en aquella sonrisa y en la succión de los tres vasos tanto y tan hondo misterio que se miraron enchidos de fe y entusiasmo por su jefe.

Pero los de la Casona estaban envalentonados a pesar de hallarse en la oposición, y proclamaban a los cuatro vientos la candidatura de Corrales, que por haber sido ministro varias veces gozaba de mucha notoriedad en el país, aunque no dispusiese de la fuerza oficial. Verdad que era dueño de los Ayuntamientos de Agüerfía y Villabona y que la votación en estos concejos compensaba muy bien la mayoría que en Serfín pudieran llevarles sus contrarios. Aunque la elección fuese por sufragio universal, unos y otros tenían perfectamente calculadas sus fuerzas. Por eso la primera cuestión que se puso sobre el tapete aquella noche en casa de don Servando, una vez conseguida la separación del alcaide, fue la suspensión de los Ayuntamientos citados, la cual debía llevarse a cabo antes de comenzar el período electoral. Hallábanse discutiendo los medios más conducentes para conseguir tal propósito cuando penetró en la estancia uno de los numerosos espías que don Servando tenía en el pueblo, y le dijo que don Martín había tomado asiento para el día siguiente en la *Ferrocarrilana*. Honda perturbación causó

la noticia entre los circunstantes, y desde luego se supuso, aunque nadie osó preguntarlo, que don Servando le acompañaría en el viaje, pues tal era la costumbre desde tiempo inmemorial. En cuanto don Martín se movía del pueblo, su contrincante hacía la maleta y le seguía a dondequiera que fuese, suponiendo que cuando marchaba por algo sería, y este algo no podía ser otra cosa que algún daño para él o para sus amigos. Cuando don Servando emprendía un viaje, su enemigo don Martín hacía lo mismo. Todos en la villa conocían la costumbre y nadie se maravillaba.

En efecto, don Servando, luego que todos se fueron, mandó a su criado tomar un asiento de berlina en la *Competencia*. No se despidió de Miguel, pero le dejó todo prevenido para que no faltase nada durante su ausencia, la cual duró dos días. Al cabo de ellos regresó o por mejor decir regresaron ambos jefes. Don Martín no había ido a la capital más que a orificarse una muela. (...).

Cada carta le ponía a nuestro candidato melancólico y pensativo para un rato. "¡De qué buena gana mandaría a paseo a estos cafres y me iría a dar un abrazo a la hija de mi suegra (¡que Dios haya!)", se decía algunas veces.

Pero como el negocio marchaba viento en popa, lo sufría con paciencia. Escribió a Madrid a varios amigos para que gestionasen la suspensión de los citados ayuntamientos enemigos. Mendoza, y lo mismo los otros, le contestaron que el presidente y el ministro estaban conformes. Sin embargo, se pasaban los días y la orden no venía.

Otro asunto traían entre manos los de la Casaña que les preocupaba, aunque no tanto como el anterior. Era la carretera desde Serfn a Agüería, que el vecindario de ambos puntos ansiaba que saliese a subasta. Muchas veces se había gestionado por ambos bandos sin resultado; últimamente el general les había prometido trabajar hasta conseguirlo; pero su partida a Alemania frustró las esperanzas de los partidarios de don Servando, los cuales esperaban que el distrito les debiese a ellos el beneficio y no a los de la Casona. Más hete aquí que averiguan que éstos gestionaban activamente en Madrid la subasta por medio de Corrales, quien como ex-ministro y persona muy conocida en la política no dejaba de sostener buenas relaciones con los actuales ministros. Entonces los de la Casaña se alarman

y obligan a Miguel a poner en juego otra vez sus influencias para que de ningún modo se conceda el favor a Corrales y sí al candidato oficial que ellos apoyan. De Madrid responden a Miguel que el negocio está en vías de arreglo, más tarde recibe otra carta en que le dicen que el ministro ha prometido sacarla inmediatamente; después otra en que le anuncian que la orden saldría muy pronto en la *Gaceta*. Pasaba, no obstante, lo mismo que con la de suspensión. No acababan de llegar.

Y los jenízaros de don Servando, aunque muy confiados en el triunfo, se iban impacientando y apretaban a Miguel, quien a su vez se impacietaba mucho más por sus indirectas, y sentía atroces impulsos de decirles una insolencia.

Una tarde, hallándose, como de costumbre, bebiendo cerveza en el escritorio de don Servando, oyeron la explosión de una bomba en los aires. Quedaron súbito, graves y silenciosos con el oído atento. Estalló al instante la segunda, y uno de los presentes dijo:

—Son cohetes.

—¿Cohetes a estas horas?.

Y las siete u ocho personas que allí había se miraron sorprendidas y no poco alarmadas, porque los dos bandos vivían en perpetuo sobresalto.

—¿Hay alguna función de iglesia mañana?.

—No, señor.

—Que salga uno a enterarse...

Salieron dos, los cuales volvieron a los pocos minutos, agitados y pálidos, diciendo con voz temblorosa:

—Los cohetes se están disparando desde los balcones de la Casona.

—¡Esos p... han recibido la noticia de la subasta!.

La zozobra y el terror se apoderó de todos los corazones. Por un movimiento simultáneo volvieron los ojos hacia el jefe, ilustre por su prudencia.

Don Servando bebió pausadamente dos vasos de cerveza, y después de limpiarse repetidas veces los labios con el pañuelo rompió el afanoso silencio diciendo:

—Alcalde, vaya usted al Ayuntamiento y mande dos alguaciles a la Casona a prevenirles que no arrojen más cohetes. El artículo setenta y dos de las Ordenanzas municipales prohíbe que se arrojen sin permiso de la autoridad.

Los jenízaros dejaron escapar un suspiro de satisfacción. No en vano habían depositado su confianza en el astuto caudillo.

Salió el alcalde y quedaron comentando el suceso, esforzándose por explicar, cómo la noticia había llegado primero a los *otros* que a ellos. La opinión general era que les habían hecho una trampa en correos.

Los amigos de don Martín, irritados por la prohibición del alcalde, reunieron la orquesta del pueblo, compuesta de diez o doce instrumentos, casi todos de metal, y ofreciendo a los músicos una buena propina a más de un pellejo de vino que se les mostró para animarles, les hicieron recorrer el pueblo tocando, y luego los situaron en medio de la plaza, donde comenzó a acudir la gente al reclamo; los mozos improvisaron un baile y hubo vivas a don Martín y a la carretera.

Nuevo y doloroso conflicto para los de don Servando, reunidos en cónclave

—Alcalde—tornó a decir aquél—, mande usted cesar a la música. Las Ordenanzas municipales, artículos cincuenta y nueve y sesenta, previenen que se solicite el permiso de la autoridad para esta clase de manifestaciones.

Pero los de don Martín no se acobardaron. En cuanto se les intimó la orden, sintiéndose fuertes, porque el público, ganoso de jolgorio, les apoyaba, pasaron con la orquesta el puente que hay sobre la ría y que divide el término municipal de Serín del de Agüería por extraño caso. Una vez fuera de la jurisdicción del alcalde enemigo, la música bramó y chilló de un modo horrisono, y los de don Martín, animando a la muchedumbre a seguirlos, volvieron a organizar los bailes y a prorrumpir en vivas. Así pasó la tarde en fiesta y jarana, mientras los de la Casaña, reunidos en el escritorio de su jefe, paladeaban, haciendo muecas de disgusto, el amargor de la derrota.

Y para colmo de desdichas, *El Occidente*, periódico de don Martín, que le tocaba salir al día siguiente, los insultaba más que nunca y se burlaba de ellos de un modo cruel. En Serín había dos periódicos semanales: uno, *El Occidente*, de los de la Casona, que aparecía los jueves, y otro, *La Crónica*, de don Servando, que se publicaba los domingos. Estas eran las dos serpientes a que aludíamos al describir el paraíso de Serín. *La Crónica* estaba escrita casi entera por un ex piloto, y por eso en todas sus cuchufletas había términos marinos. A don

Martín solía llamarle "el pailebot Martín Pescador", y a su mujer "la fragata de alto bordo doña Manuela", lo cual hacía morir de risa a sus partidarios. *El Occidente* estaba encomendado a un maestro de escuela, quien para insultarle rebuscaba los términos más estrambóticos del diccionario. Aquel día llamaba a don Servando "tozudo y zorrocloco", y para Miguel tenía algunas alusiones desvergonzadas. El primero tomó su "zorrocloco" con mucha filosofía; pero el segundo, poco avezado a las polémicas groseras de los pueblos, se puso fuertemente colorado y declaró "que estaba resuelto a abofetear y escupir en la cara al director de aquel papelucho".

Los amigos de don Servando se miraron estupefactos.

—Despacio, despacio, mi señor— dijo aquél con la flema de siempre—. No le aconsejo que haga semejante cosa, porque es el mayor gusto que usted pudiera darles. El juez de primera instancia es suyo.

—¿Y qué tenemos que ver aquí con el juez?. Se trata de un asunto de honra que se resolverá pegándonos ese individuo y yo una estocada o un tiro.

Los circustantes se miraron aún con mayor susto. En Serín eran desconocidos en absoluto semejantes procedimientos, y, por consiguiente, no había que pensar en que nadie se batiera. Si ejecutaba lo que había anunciado, Miguel corría gravísimo riesgo de ir a la cárcel y aún de ser incapacitado. Convencido a la postre, renunció a su proyecto, aunque de mala gana.

No rieron mucho tiempo los de la Casona. A los tres días llegó la orden de suspensión de los Ayuntamientos de Villabona y Agüería. ¡Entonces sí que hubo jarana y cerveza en la Casaña! Don Servando, para dar matraca a sus enemigos, hizo salir a la música y la tuvo doce horas cencerreando por las calles. Aquel día no quedó ni un solo cohete por disparar en Serín.

Con este golpe quedó asegurada por completo la elección de Miguel. Los de la Casona así lo comprendieron, y con las orejas caídas empezaron como siempre a gestionar el indulto. Faltaban sólo nueve días para abrirse el período electoral.

Mas aquí conviene, como nunca, exclamar con el poeta:

¡Oh inestabilidad, mudanza cierta!

¿Quién habrá que en sus males no te espere?

¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

Dos días antes de empezar dicho período, cuando los partidarios de la Casaña andaban alegres y descuidados, y mustios y emberrenchinados los de la Casona, cuando se susurraba y aun se daba por segura la retirada de Corrales y Miguel se disponía a regresar a la Corte, pues su presencia ya no era necesaria en el distrito, he aquí que cae en Serín, como una bomba, la noticia de haber sido repuestos los Ayuntamientos suspensos. Por desgracia la noticia era exacta. Los amigos de don Servando, después que se hubieron repuesto de la sorpresa (pues en un principio no acertaban a hablar siquiera), convinieron que era una equivocación o había pasado "algo gordo" en Madrid. Como no había telégrafo para enterarse con el gobernador, Miguel decidió, acto continuo, alquilar un coche y plantarse a escape en la capital.

A pesar de la cordialidad con que le recibió, de los abrazos efusivos y la sonrisa campechana, nuestro candidato vio claramente en los ojos del gobernador que algo tenía en la trastienda, y desde luego se propuso sacarlo a la luz cuanto antes. Comenzó, pues, a estrecharle con preguntas, a las cuales el jefe civil de la provincia contestaba en términos vagos. Nada sabía de las causas de aquella reposición. Acaso surgirían dificultades en el Consejo de Estado... Acaso el ministro consideraba innecesaria la suspensión para ganar las elecciones...

—Si el ministro lo ha hecho por sí solo, sin el acuerdo del presidente, no ha obrado bien. ¿Tú crees que el presidente tiene noticias de lo que ocurre? —preguntó Miguel.

—Hombre, yo no sé...

—Castro —dijo Miguel apretándole fuertemente una mano y mirándole con severa fijeza—, eres mi amigo y vas a decirme la verdad. ¿Qué ocurre?.

—Ya comprenderás que mi posición no me permite hablarte con franqueza. Si pudiera lo haría.

—O eres o no mi amigo. Dime lo que ocurre— insistió Miguel con energía.

—Pues bien, si me das tu palabra de caballero de que no harás uso ninguno de ello, te lo diré.

—Te la doy.

—¡Mira que te obligas a mucho!

—Te la doy. Habla.

—Quedamos en que no harás nada que signifique que sabes lo que voy a revelarte... Observando desde hace algún tiempo, y sobre todo en estos últimos días, que respecto a tu elección el ministro cerdeaba bastante, y sabiendo la amistad que te une al presidente y las conferencias que con él has tenido, quise consultar con este para saber de una vez a que atenerme. Ayer telegrafíé a su secretario. Mira la contestación que he recibido.

El gobernador le mostró un telegrama, descifrado ya, que decía:

"Candidato oficial: Don Miguel Rivera.

Diputado: Don Manuel Corrales."

Miguel lo retuvo algún tiempo entre las manos. Dibujóse en sus labios una sonrisa triste e irónica.

—Está bien —dijo, arrojándolo sobre la mesa—. Una pedrada más de las muchas que el mundo me ha tirado.

—Lo siento en el alma, chico. El presidente se habrá visto apretado; porque ya sabes, Corrales es una persona muy importante de la situación pasada... Mañana puede ser ministro... y la política es así, chico... hoy por ti y mañana por mí.

—Sí, sí, ya veo cómo es la política. El presidente me ha dado su palabra de caballero de apoyar mi candidatura frente a la de Corrales; me ha hecho escribir una porción de cartas y mover numerosas relaciones; me ha obligado, últimamente, a separarme de mi mujer e hijo. El presidente hacía todo esto, por lo visto, con la intención de venderme. Yo no sé qué nombre tiene esto en política; pero en castellano se llama *una bajeza, una vileza* (recalcando las palabras)... Queda con Dios, chico —añadió alargándole la mano. Te agradeceré siempre, de todos modos, lo que por mí has hecho y la buena acogida que me has dispensado." (P.171-181).

PARECER GALEGO, EN CÁDIZ, TAMPOUCO BO

De *Los majos de Cádiz*:

"—Ay qué gracia, que me ha pagado bastante i...! Pues yo a ti, no!... Niña, tráete más vino para este gallego...

-Tío, no me insulte, que le falto a usted al respeto.

-Pero si lo eres, ¿por qué has de negar la prosapia? Ni en el reino de Galicia ni en el principado de Asturias hay un gallego más gallego que tú...

-¡Tío, cálese usted, que le falto al respeto!" (P. 27).

"-Ea, chiquilla, deja a ese gallego y humíllate a dar cuatro pataditas con este pobre viejo." (P. 158).

"-¡Cómo!... ¿No te da vergüenza mirar por un pañuelo el día de tu boda? ¿No vale más la alegría de tu mujer que un trapo? ¡Habrà gallego!" (P. 171).

(...) "El padre de Pepa, tomándole de la solapa de la chaqueta, se desahogaba contra el gallego de su yerno, anunciando con voz cavernosa las mil crueldades que iba a ejercer sobre él así que amaneciese Dios" (...).

(P.178).

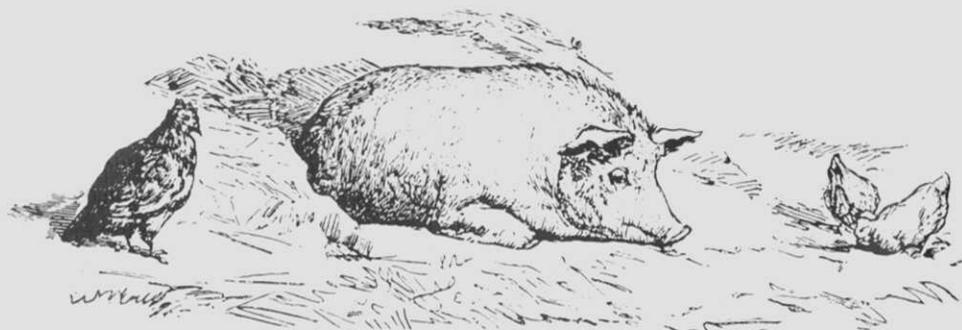
"-No lo creas!... Mi sobrino es un gallego desorejado. No se ha divertido jamás de la vida ni se divertirá. Ahora mismo está pensando en el gasto." (P. 183).

NO REMATE

Para a escolla segúin o camiño aberto por Xesús Alonso Montero co seu libro *Galicia vista por los no gallegos* (Madrid, Ediciones Júcar, 1974).

Dos seis títulos citados ao principio, os catro primeiros xa os lera denantes de chegar á Universidade, pero daquela non me chamara a atención como o novelista nos vía. E agora, ao velos e revelos...

Palacio Valdés, no seu día, estivo entre os máis lidos. ♦



J. Cuevas. *La Ilustración Gallega y Asturiana*, t. II, n. 13, Madrid, 8-V-1880.